

## Octavio Getino

CINEASTA E INVESTIGADOR DE CULTURA Y MEDIOS. COORDINADOR DEL OBSERVATORIO DEL CINE Y EL AUDIOVISUAL LATINOAMERICANO DE LA FUNDACIÓN DEL NUEVO CINE LATINOAMERICANO (OCAL-FNCL). COORDINADOR EDITORIAL DE ESTA PUBLICACIÓN. AUTOR DE “TURISMO: ENTRE EL OCIO Y EL NEG-OCIO”, “EL CAPITAL DE LA CULTURA: LAS INDUSTRIAS CULTURALES EN ARGENTINA”; “CINE IBEROAMERICANO: LOS DESAFÍOS DEL NUEVO SIGLO”

### 1.

Es sabido que el tema del turismo en nuestro país —en particular el de carácter *receptivo*, aquel que se refiere a quienes arriban al país, ha ocupado últimamente un espacio considerable en los medios de comunicación y en algunos organismos públicos del sector, para destacar la importancia que el mismo tiene en la economía y el empleo nacional. Convengamos que es un tema relativamente nuevo y que probablemente esté asociado a las sucesivas crisis económicas que ha tenido el país desde los *tsunamis* económicos, políticos y culturales que mediaron entre la segunda mitad de los años '70 y los inicios de la década actual.

Nunca como en estos últimos períodos el país había prestado tanta atención a este tema, en la medida que desde los años '40 y a partir de cierta solidez económica y distributiva, las políticas del sector turismo y de las organizaciones sindicales interesadas en el mismo se habían ocupado más del turismo interno y social, relegando a un segundo o tercer plano al de carácter internacional. Pero la crisis económica parece haber puesto en primer término la llegada de divisas al país y no cabe duda que el turismo pueda contribuir también a eso. Aunque para un análisis confiable de la economía de este sector —o de la economía nacional— no basta sólo medir

estadísticamente los ingresos anuales de visitantes y su gasto en el país, sino, que como sucede en cualquiera otra actividad industrial o de servicios, tendría que prevalecer el balance global de dicha actividad, es decir, la relación entre ingresos (*turismo receptivo*) y egresos (*turismo emisor*), sin lo cual se dificultaría cualquier tipo de política de desarrollo que pretenda darle sostenibilidad al sector y a la economía en general. Y a los procesos de autorreconocimiento e integración nacional, tanto o más necesarios que el negocio turístico o la economía misma.

Y en este punto, es bueno recordar, que en los años '90, los egresos del turismo emisor, es decir el de los argentinos que dejaban divisas en el exterior, fue mucho mayor al de los ingresos proporcionados por los visitantes: Argentina, al igual que Brasil, tuvieron en esa década un déficit promedio de 1.000 millones de dólares por año, equivalente a unos 10.000 millones de dólares durante ese período. Una situación que cambió en los últimos tiempos —particularmente desde 2003— a partir de las políticas implementadas en favor de una mejor distribución de la riqueza, una inteligente política de promoción en el exterior y una mayor competitividad en materia cambiaria. De ese modo, se indujo al crecimiento del turismo receptivo (1,5 millones de visitantes en 2008, el 50% de los

\* Este artículo reúne algunos apuntes y reflexiones que formaron parte del estudio efectuado sobre el turismo en Argentina y el Mercosur (“Turismo: Entre el ocio y el neg-ocio. Identidad cultural y desarrollo económico en América Latina y el Mercosur”) y publicado por CICCUS-La Crujía con el apoyo de la CONABIP.

cuales procedió de países latinoamericanos, 27% de Europa y 15% por ciento de Estados Unidos y Canadá y 27% de Europa) y a una disminución relativa del turismo emisivo (1 millón de viajes al exterior, con un 50% a países de la región, 22% a Europa y 19% a Estados Unidos y Canadá). La importancia del turismo emisivo y receptivo con los países de la región –duplica con creces al de otras regiones– es un dato esencial que va más allá de su dimensión económica y que, inteligentemente aprovecha, puede contribuir a los proyectos de integración mercosureña o latinoamericana.

Estas referencias de ningún modo pretenden disminuir la importancia económica de los servicios turísticos –servicios que se basan en la existencia de diversas industrias que los facilitan: construcción, transportes, comunicaciones, etc.– bastando para ello recordar que ellas se inscriben en los datos globales que procesa la Organización Mundial de Turismo, y que preveían para el año 2010 más de 1.000 millones de llegadas turísticas internacionales a escala mundial, cifra que en el 2020 se elevaría a 1.600 millones, sobre las 7.800 millones de seres humanos que representarán en ese entonces a la población del planeta, lo que a su vez podría significar un gasto –o unos ingresos, según desde donde se lo mire– de más de 2 billones (2 millones de millones) de dólares. Con lo cual, el crecimiento del sector en materia de ingresos superaría al de las industrias del automotor, el petróleo, la alimentación y muchas otras.

Son cifras que se refieren a la incidencia cuantitativa del turismo en la economía y el empleo y que traducen la importancia de estos servicios a escala mundial, según las circunstancias nacionales o regionales donde los mismos se desarrollen.

Pero hay otro tema, claramente vinculado a éste, que es el del *tiempo libre*, claramente vinculado al *tiempo de ocio*, espacio éste de la vida personal y social en el que se utilizan o consumen el conjunto de los bienes y servicios culturales y comunicacionales, entre ellos, el ofertado por el turismo. Un tema que también

merecería ser tratado, aunque sea de manera introductoria, para avanzar en el conocimiento de las relaciones que existen entre ambos campos de la actividad humana.

Tal vez, una de las reivindicaciones menos tenidas en cuenta en nuestro tiempo en lo que se refiere a la Declaración Universal de los Derechos Humanos, es la que figura en su Artículo 24 y que está referido al derecho que tiene toda persona “*al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas*”. Y posiblemente lo sea por el prejuicio que aún existe en nuestra cultura sobre temas tales como el del “descanso”, opción distinta, y casi antagónica, a la del “trabajo”.

En el artículo 23, el anterior al referido, la Declaración complementa la idea negando cualquier antagonismo, cuando sostiene que “*toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo*”. Una complementación necesaria, porque sería improcedente reclamar el derecho al *tiempo libre* allí donde lo que más escasea es el derecho al *tiempo de trabajo*. No como derecho declarado, porque las declaraciones, las constituciones y las leyes están plagadas de derechos que no trascienden la virtualidad de lo formal, sino como realidad *fáctica* en la medida que un individuo al igual que una comunidad sólo pueden ejercer sus derechos –sean ellos cuales fueren– cuando tienen la capacidad, el poder y la decisión de hacerlo.

En ese contexto podríamos ubicar el tema de las relaciones entre *turismo*, *tiempo libre* y *tiempo de ocio*.

## 2.

Una primera visión del turismo no es aquella que se circunscribe a lo específico del sector como tal, sino la que lo enmarca en el campo más amplio y totalizante de sus relaciones con el llamado *tiempo libre* y el *tiempo de ocio*, situación que ha merecido

No basta solo medir estadísticamente los ingresos anuales de visitantes y su gasto en el país, sino, que como sucede en cualquier otra actividad económica, tendría que prevalecer el balance global de dicha actividad, confrontando ingresos del turismo receptivo y egresos del turismo emisivo.

reflexiones y políticas por parte algunas naciones desarrolladas, en particular después de la Segunda Guerra –naciones, donde sin lugar a dudas abundaba el tiempo de trabajo– llegaron a tener sus ministerios o secretarías gubernamentales del tiempo libre– pero que adolece todavía de preocupación suficiente por parte de las políticas oficiales de muchos países en desarrollo, como el nuestro, e incluso de investigadores y científicos locales.

Carencia que sólo es equiparable a la que existe sobre el propio tiempo de trabajo sea para permitirlo efectivamente –lo cual sería un verdadero éxito en el contexto de desempleo y exclusión que muchos pueblos padecen, inclusive el nuestro– o bien para, una vez instalado, hacer del mismo un recurso que exceda la simple función productiva y de rentabilidad empresarial, sirva a los trabajadores para el desarrollo de su formación y aptitudes integrales. Con el consecuente beneficio del conjunto del tiempo –*tiempo de ocio*, y *tiempo libre* y *de ocio*– como integralidad totalizadora.

Cuando nos referimos al tiempo de trabajo aludimos a esa franja de la vida en la cual el individuo está obligado a cumplir con ciertas funciones bien o mal remuneradas y en las que ocupa más de un tercio de su existencia. Y cuando lo hacemos del llamado *tiempo libre*, no nos referimos a esa parcela de nuestra existencia en la que estamos liberados de la obligación del trabajo mal o bien reconocido, sino a aquellas horas diarias pretendidamente libres, pero que obligan a desarrollar actividades y compromisos personales, familiares y sociales, como son los de recuperar energías para el trabajo remunerado (alimentación, reposo y sueño), transportación a y desde los lugares de trabajo, compras familiares, educación de los hijos, compromisos sociales, etc. Una ocupación socialmente obligada que representa más de la mitad de nuestra existencia. En consecuencia, apenas entre dos y tres horas diarias restan para que,

quienes tienen trabajo remunerado y por ende tiempo libre, dispongan de lo que llamamos *tiempo de ocio*. Una muy reducida franja de nuestras vidas en la que –al menos teóricamente– podemos hacer lo que realmente deseamos. Es precisamente en ella donde, entre otras posibilidades que tiene el individuo para la recreación, el entretenimiento o el acceso a los bienes culturales y comunicacionales, podemos ubicar el turismo.

La Unión Internacional de Organismos Oficiales de Turismo (UIOOT), actual Organización Mundial de Turismo (OMT), definía al turismo en los años ´60 como “*la suma de relaciones y de servicios resultantes de un cambio de residencia temporal y voluntario, no motivado por razones de negocios o profesionales*”; es decir, por razones vinculadas a lo que definiríamos como tiempo de trabajo.

La actividad turística queda sí enmarcada en el espacio de lo que la cultura griega concebía como *scholē*, y la latina como *otium*. O en lo que ya en el siglo pasado se definía, según la Asociación Internacional WLRA (World Leisure & Recreation Association), como “*un área específica de la experiencia humana, con sus beneficios propios, entre ellos la libertad de elección, creatividad, satisfacción, disfrute, placer, y una mayor felicidad (...) un derecho básico, como lo son la educación, el trabajo y la salud, del que nadie debería ser privado por razones de edad, raza, religión, salud, discapacidad o condición económica*”.

### 3.

Es sabido, o tal vez no tanto, que para las antiguas civilizaciones y culturas, por ejemplo, las de Egipto, Grecia y Roma, el trabajo no era otra cosa que una especie de maldición de los dioses (cosa que llegó a figurar en escrituras y textos religiosos). Se referían, es natural, al trabajo manual y físico propio de los por entonces esclavos, o al que tenía que ver con la acción transformadora



del hombre sobre la naturaleza y lo tangible. Así por ejemplo, un antiguo texto elaborado en el apogeo de la civilización del Antiguo Egipto, decía: “Escribe en tu corazón que debes evitar el trabajo duro de cualquier tipo y ser magistrado de elevada reputación. El escriba está liberado de tareas manuales; él es quien da las órdenes (...) ¿No quieres adquirir la paleta del escriba? Ella es la que establece la diferencia entre tu y el hombre que maneja el remo”.<sup>1</sup>

No se hablaba todavía de “ocio”, pero no tardaría mucho tiempo para que la primera referencia sobre dicho término proviniese de Aristóteles, cuando definía el tiempo de ocio como “*tiempo exento de la necesidad del labor*”. A lo que Platón y algunos otros pensadores griegos que gozaban también del aristotélico estatus de ciudadanía agregaría: “*La Naturaleza no hace zapateros, ni herreros, tales ocupaciones degradan a quienes las ejercen: mercenarios, miserables sin nombre que son excluidos por el Estado de sus derechos políticos. En cuanto a los mercaderes, acostumbrados a mentir y a engañar, sólo serán tolerados en la ciudad como mal necesario*”.<sup>2</sup>

El ocio se inscribía así en los ideales de la cultura griega, asumido y entendido como *scholé* (σχολή) —un tiempo de la existencia de los *ciudadanos*— no de los esclavos— que permitía acceder al disfrute de la perfección física, intelectual y política.

Los ciudadanos formaban parte del mundo del *homo sapiens* —aunque no había aparecido aún la noción del *homo economicus*— y tenían la irrenunciable necesidad de cultivar su inteligencia, además de su armonía física, por lo cual le estaba vedada cualquier otra actividad considerada inferior. La política incluso, no constituía un fin en sí misma, sino un medio del que se servían los ciudadanos

—los nobles de la época— para conservar su privilegiada condición de hombres libres.

“*Economizad el brazo que hace girar la muela, molineras, y dormid plácidamente. ¡Que el gallo os advierta en vano la llegada del día!... ¡Vivamos la vida de nuestros padres y divirtámonos ociosos de los dones que la diosa nos concedel!*”, tal era el canto del poeta griego Antíparos, según Paul Lafargue, yerno de Carlos Marx, quién a su vez

nos recordaba también en 1883: “*Jehová, el dios barbudo y hosco, dio a sus adoradores el supremo ejemplo de la pereza ideal: tras seis días de trabajo, descansó toda la eternidad*”.<sup>3</sup>

Esa concepción de la vida en lo referente al trabajo y al ocio, se proyectó sobre los romanos y entonces el término *scholé* se convirtió, con algunas variantes interpretativas, en *otium*. Así, la negación de ambos, fue bautizada *negare-otium* o, más simplemente, *neg-otium*. Aunque para los sostenedores del imperio romano —a diferencia de los griegos— ocio y *neg-ocio* pasaban a concebirse como dos caras de una misma moneda. El circo romano y los espectáculos masivos que eran propios de Roma —como flamantes armas de dominación— incorporaban esos dos términos como integrantes del ser humano, distanciándose así de alguna ma-

nera de los ideales y principios atenienses y resignificándolos en beneficio propio.

Legitimado el ocio durante siglos en el Viejo Continente, fue literalmente abolido tras la Conquista en el nuestro, en el marco de la expansión imperial y de los primeros cimbronazos de los burgos en Europa. La acumulación de riquezas que con auxilio de la Cruz y la Espada guiaba a la Corona Española, impedía el disfrute de dicho tiempo inclusive a quienes estaban a cargo de evangelizar o de



<sup>1</sup> Citado por R. Moreno García y M. L. López en *Historia de la comunicación audiovisual*. Ed. Patria, México, 1962.

<sup>2</sup> Platón, *La República*, Libro V.

<sup>3</sup> Paul Lafargue, *El derecho a la pobreza*. Grijalbo, México, 1980.

ganar batallas. Los vencidos entraron de lleno en el trabajo esclavizado –aunque algunos evangelizadores lo condenasen en nombre de la Divinidad– y la ociosidad, que tampoco era legitimada en algunas de las civilizaciones precolombinas, pasaría a figurar en el léxico común como una mala palabra. Aún hoy, algunos diccionarios altamente conocidos definen a la ociosidad como “*vicio de no trabajar: perder el tiempo*”.

Sin embargo, en la vieja Europa, el ocio fue un ideal que rigió durante muchos siglos en las élites ilustradas y en los dueños del poder, concebido como un tiempo necesario al disfrute de sus privilegios. Incluso se mantuvo hasta ya muy avanzado el proceso de descomposición de la monarquía en el siglo XVIII. Aquellos hidalgos españoles, por ejemplo, que la novela picaresca nos muestra optando por una espantosa miseria antes que sufrir la degradación del trabajo, o aquella nobleza tambaleante y exhausta que se aferraba todavía a sus desmesurados privilegios en momentos que la Revolución Francesa ya había difundido a los cuatro vientos una nueva visión de la justicia y de los derechos del hombre, estaban defendiendo, aun sin saberlo, el ideal humano de los griegos, aunque luego no supieran qué hacer con sus vidas.

Pero junto con la caída del feudalismo y el nacimiento de la flamante burguesía en las naciones más desarrolladas se instaló más que el derecho al trabajo, la obligatoriedad del mismo, un requisito indispensable para la acumulación de riqueza y el desarrollo del capital.

“Desde el inicio de la civilización hasta la Revolución Industrial –recuerda Bertrand Russell– un hombre podía producir por regla general y con arduo trabajo poco más de lo que requerían para subsistir él y su familia, aunque su esposa trabajara cuando menos tan duramente como él, y sus hijos contribu-

yeran con su trabajo apenas llegaran a la edad posible. El pequeño excedente por encima de las necesidades puramente dichas no quedaba para quienes lo producían, sino que era apropiado por los guerreros y los sacerdotes”.<sup>4</sup>

Los dueños o los aspirantes a ser dueños de la renta nacional comenzaron a descubrir que el ocio no podía ser reducido a la noción de ociosidad, sino que, de ser bien aprovechado, podría convertirse en una poderosa fuente de lucro: un verdadero neg-ocio.

4-

El derecho o la obligación del tiempo de trabajo, tal como hoy lo concebimos, data desde hace dos siglos aproximadamente; se origina particularmente a partir de la Revolución Industrial, cuando el naciente capitalismo se ve forzado a incorporar a sus fábricas a masas de trabajadores miserablemente remunerados, pero remunerados

al fin. Y en consecuencia, aparece la noción de tiempo libre junto a la nueva realidad del tiempo de trabajo remunerado.

Tal como señala la investigadora Julia Gerlero, de la Universidad Nacional del Comahue, “la Revolución Industrial marcó el punto de partida en la concepción del tiempo libre. El disciplinamiento y el orden en el trabajo pasaron a invadir todos los aspectos de la vida y de la cultura. Tales prohibiciones pretenden instaurar nuevas formas de apropiación del tiempo –tiempo de reloj– que deberían conducir a un trabajo sistemático, regular y metódico, lo que no daba lugar a estados de “ociosidad”.<sup>5</sup>

Apareció entonces la posibilidad de recibir o asumir el tiempo de diferentes formas. Mientras que la población campesina seguía sin reconocer la existencia de horas de trabajo claramente diferenciadas de las del descanso –como sigue ocurriendo hoy con las grandes masas rurales de nuestro continente–, los trabajadores industriales y de servicios comenzaron a regirse por una hora de entrada y una hora de salida, situación ésta radicalmente distinta a la que había sido común a lo largo de los siglos. Sin importar que a principios del siglo XIX la jornada de trabajo fuera de 15 horas en los adultos y de

<sup>4</sup> Bertrand Russell, “Loa al ocio”, en diario *El Día*, México, 5-5-85.

<sup>5</sup> Julia Gerlero, “Diferencias entre ocio, tiempo libre y recreación”. [www.redcreación.org](http://www.redcreación.org)

12 en los niños, lo cierto es que el hombre tomaba conciencia de un tiempo cedido al dueño del establecimiento empresarial o público, y de otro tiempo que, al menos teóricamente, le correspondía: un *tiempo de trabajo obligado* y un *tiempo de disfrute* o de goce. Además, comenzaba a disponer de algunos días feriados decretados por ley, pese a la indignación de algunos sectores de las clases altas.

El capitalismo se resistía inicialmente a conceder otro tiempo “libre” que no fuera el de descanso indispensable para la reposición de fuerzas y el mayor aprovechamiento de la capacidad física de los trabajadores. Con lo cual, a *tiempo de trabajo enajenado*, correspondería un *tiempo libre enajenado*.

Tal como señalaba Carlos Marx, en la sociedad capitalista que define o al menos condiciona fuertemente el sentido y el valor del tiempo que vivimos, el trabajador no es desde que nace hasta que muere, más que fuerza de trabajo. *“Por tanto, todo su tiempo disponible es, por obra de la naturaleza y por obra del derecho, tiempo de trabajo y pertenece, como es lógico, al capital para su incrementación. Tiempo para formarse una cultura humana, para perfeccionarse espiritualmente, para cumplir las funciones sociales del hombre, para el trato social, para el libre juego de las fuerzas físicas y espirituales de la vida humana –aun en la tierra de los santurrones adoradores del precepto dominical: todo es pura tontería. En su impulso ciego y desmedido, en el hambre canina devoradora de trabajo excedente, el capital no sólo derriba las barreras morales, sino que derriba también las barreras puramente físicas de la jornada de trabajo”*.<sup>6</sup>

La Iglesia completaría esta necesidad de incrementar o mantener la masa de trabajo en las flamantes fábricas o establecimientos productivos, así como el número de horas

dedicadas al “goce” del tiempo laboral remunerado. De ese modo, Thiers sostendría a su vez en la Comisión para la Instrucción Primaria de la República Francesa: *“Quiero hacer poderosa la influencia del clero porque tengo puestas mis esperanzas en él para que propague la buena filosofía que enseña al hombre que sólo está aquí abajo para sufrir, y no esa filosofía que, por el contrario, le dice al hombre: ¡Goza!”*.<sup>7</sup>

## 5-

Con el sólido respaldo de la Iglesia, el imperio español ya se había ocupado un siglo antes de la Revolución Industrial de denunciar y censurar en América Latina las prácticas que eran comunes en los momentos de ocio de los pobladores rurales y urbanos, en particular de los sectores más relegados. Así por ejemplo, el gobernador del Río de la Plata prohibía en 1715 que se pronunciasen palabras “sucias y deshonestas” en las pulperías y que se jugase a las cartas mientras los sacerdotes celebraban misa en la iglesia. De igual modo, el cura de San Nicolás, un pueblo de la campaña bonaerense, denunciaba en 1809 a los pobladores del lugar por cuanto *“pasan el día en la taberna o en una de las muchas casas destinadas al abrigo de las gentes de este jaez y la noche en el fandango y deshonestidad. Para alimentar estos vicios necesitan de dinero, pero con la habitual holgazanería les es un obstáculo la ocupación y el trabajo y se arrojan sin moderación a los bienes del pobre hacendado”*.<sup>8</sup>

Cabe recordar también que en la Argentina rigió durante casi todo el siglo XIX la llamada “Ley de Vagos”, mediante la cual el juez del lugar disponía de la persona, la familia y los bienes del gaucho, aunque en nuestro caso no era para obligarlo a incorporarse a las fábricas que no existían, sino “para ensanchar

<sup>6</sup> Carlos Marx, *El Capital. Crítica de la economía política*, Tomo I. FCE, México, 1974.

<sup>7</sup> Jean Forastié, “Ocio y turismo”. Biblioteca Salvat de Grandes Temas N° 21, Barcelona, 1979.

<sup>8</sup> VV.AA. “Lugares y modos de diversión”, *Cuadernos de Historia Popular Argentina*. CEDAL, Buenos Aires, 1982.

el *Hinterland del progreso agropecuario o a ser milicos de la conquista del desierto que conquistaron para otros*".<sup>9</sup>

El *Martín Fierro* de José Hernández se ocuparía de describir poética y dramáticamente esa situación del gauchaje –la “chusma civil” de la que hablaba Sarmiento– como no lo había hecho hasta entonces ningún otro producto cultural de la época. Una realidad que erigía el trabajo forzado y la sumisión como fatalismos ineludibles y vigilaba celosamente las formas de entretenimiento o de ocio que eran propias de los sectores relegados.

En ese proceso, los dueños o los aspirantes a tener el control de la renta nacional comenzaron a descubrir, como ocurría en las naciones europeas, que el ocio no podía ser reducido o condenado como sinónimo de ociosidad, sino que, de ser bien aprovechado, podría convertirse en una poderosa fuente de lucro –*un verdadero neg-ocio*– tal como ya lo habían percibido los romanos al resignificar en provecho propio los ideales de los ciudadanos griegos.

El desarrollo tecnológico permitió al capitalismo mantener la producción y ampliar los márgenes del tiempo no ocupado. Si las movilizaciones obreras exigían menor cantidad de horas de trabajo y la tecnología en su revolución permanente posibilitaba lograr lo mismo en menor cantidad de tiempo, ¿por qué no comenzar a estudiar la manera de hacer también lucrativo el llamado tiempo libre de las grandes masas proletarias?

En relación con este tema, los trabajadores de los países industrializados, sin duda los más beneficiados con el incremento del tiempo libre, han exteriorizado en reiteradas oportunidades su opinión crítica. Algunos años atrás, una de las más poderosas centrales sindicales de Francia, la CFDT, denunciaba la situación en estos términos: “*En el estadio actual del desarrollo capitalista, la situación*

*de los trabajadores está cada vez más marcada por su existencia fuera de la empresa (...), por el cuadro de vida (transportes, vivienda, medio ambiente, etc.), la información, la cultura, la enseñanza, la salud, el consumo, el tiempo libre, etc. A través de su acción en esos dominios, la sociedad industrial capitalista tiende a modelar un tipo de ser humano subordinado al funcionamiento del sistema, pudiendo explotarle así en esos nuevos mercados. Lo que el capitalismo se ve obligado a ceder en la empresa, tiende a recuperarlo a nivel del cuadro de vida, desatendiendo los equipamientos colectivos en su conjunto, salvo evidentemente los que son necesarios como infraestructura o desarrollo desde el punto de vista capitalista*”.<sup>10</sup>



## 6.

El disfrute de las actividades turísticas debería estar comprendido en ese contexto político, económico y sociocultural. En términos históricos transcurrieron muchos siglos desde las primeras peregrinaciones helénicas o las descripciones que, 150 años antes de Cristo, hacía el escritor Pausanías sobre la geografía griega –también posible de ser leídas como una guía de turismo, hasta que en plena Revolución Industrial, Thomas Cook creara la primera agencia de viajes que abriría sus oficinas en más de 60 países e introdujera los viajes al por mayor con todos los gastos incluidos. Pero recién sería a mediados del siglo XX, y en particular con la finalización de la Segunda Guerra Mundial que el turismo comenzaría a convertirse en un gigantesco servicio a escala internacional para su disfrute entre quienes tuvieran los recursos –y el tiempo de ocio– suficientes para ejercitarlo. Y lo hacen posible, entre otras cosas, el desarrollo de la industria del automóvil y la baja del precio de los viajes, el *charter*, la creación de lugares y colonias

<sup>9</sup> Arturo Jauretche, *El medio pelo en la sociedad argentina*. Peña Lillo, Buenos Aires, 1974.

<sup>10</sup> CFDT, “Les travailleurs mettent le socialisme à l’ordre du jour”, en *Syndicalisme Magazine*. París, diciembre 1971.

de vacaciones y los servicios de los *tour operators*, además de las facilidades aduaneras otorgadas por los diversos estados.

En diversas oportunidades se ha expuesto sobre los impactos positivos que tiene la actividad turística internacional en los países ofertantes del recurso, aunque algunos de ellos también podrían ser incorporados a la experiencia del turismo interno. Recientemente, la OMT destacaba que las actividades del sector pueden “ayudar a estimular el interés de los residentes por la cultura propia, por sus tradiciones, costumbres y patrimonio histórico, puesto que los elementos culturales con valor para los turistas se recuperan y conservan, de manera que pueden ser incluidos en la experiencia turística. Este despertar cultural puede constituir una experiencia positiva para los residentes, aportándoles cierta concienciación sobre la continuidad histórica y cultural de la comunidad... Además, el turismo puede ser el factor que acelere los cambios sociales positivos, en términos de mayor tolerancia y bienestar. El efecto demostración puede ser beneficioso cuando anima a los residentes a luchar y/o trabajar por cosas de las que carecen, por ejemplo, incremento del nivel de calidad de vida o valor de igualdad”<sup>11</sup>.

En este sentido podríamos afirmar con certeza que, en nuestra situación, el derecho al descanso y al ocio proclamado en la Declaración Universal de los Derechos Humanos en 1945 no nos pertenece socialmente en los términos que deseáramos. Nos perteneció, sin embargo, en aquellos años de las décadas de los '40 y los '50 cuando el empleo -y en consecuencia el tiempo libre y el tiempo de ocio- abundaban en el país como resultante de un desarrollo industrial y productivo y también, de una más justa distribución del ingreso.

Sería injusto, además, omitir que fue en esos años donde la Argentina fue tal vez el primer país en América Latina y en el mundo en desarrollar experiencias notables en materia de turismo social y turismo

interno, equivalentes a un auténtico turismo cultural. Eran tiempos donde el conjunto de las naciones europeas vivían aún la debacle de la posguerra sin muchas posibilidades de atender esos menesteres. Tampoco en América Latina las circunstancias políticas que predominaban en casi toda la región, podían admitir, como en nuestro país, la presencia de poderosos sindicatos y organizaciones sociales capaces de poner en marcha sólidos programas y actividades turísticas y recreativas para sus millones de afiliados, a través del desarrollo de la hotelería, las colonias de vacaciones, los campeonatos deportivos, etc. El turismo interno y de carácter social permitió así un proceso formidable de intercambios y de conocimiento mutuo entre niños, jóvenes y adultos procedentes de todos los rincones del país y a partir de ello contribuyó a la integración nacional y al desarrollo sociocultural quizá en mayor medida que cualquiera otra actividad educativa o formativa.

## 7.

Cualquier visión global de la situación de cada uno de nuestros países pareciera confirmar una realidad indiscutible: la de que las grandes sectores –a veces mayorías– de la población no conocen todavía la situación territorial, socioeconómica, cultural y política de los espacios que habitan, razón por la cual se resiente su capacidad de comprensión y hasta sus mismos sentimientos en relación con aquellos. Se trata, por lo tanto, de una situación que necesitaría ser superada cuanto antes, ya que afecta la posibilidad de construir verdaderas entidades nacionales, es decir, aquello que las grandes potencias resolvieron a su manera mucho tiempo atrás.

Plantearse en nuestros días el derecho legítimo al tiempo libre y al ocio creativo –y por ende, al turismo como derecho humano– no es para nosotros una novedad. Argentina tiene sobradas experiencias en la materia.

Grandes sectores de la población –a veces mayorías– no conocen todavía la situación territorial, socioeconómica, cultural y política de los espacios que habitan, por lo que se resiente su capacidad de comprensión y hasta sus mismos sentimientos en relación con aquellos.

<sup>11</sup> OMT, *Introducción al turismo*. Madrid, 1995.



Algunas de ellas son visibles de nuevo en nuestros días cuando advertimos la movilidad de millones de argentinos en las épocas vacacionales, recorriendo los espacios naturales y recreativos del país, intercambiando conocimientos e identitarios, una situación que sólo podría entenderse en un contexto político y económico que facilita el empleo e intenta –pese a todo– distribuir de manera más justa y equitativa los recursos que genera el conjunto de la sociedad nacional.

Una comunidad que aspira a desarrollarse necesita posibilitar en cada uno de sus integrantes un adecuado nivel de *información* sobre las circunstancias integrales donde se explica su existencia. En ese sentido, el turismo entendido en su dimensión nacional y social puede cumplir un papel *comunicacional* y *cultural* de primer orden para complementar el que es propio –o debería serlo– de la educación, la promoción social y la labor de los medios de comunicación. Reconocer entonces el propio espacio es contribuir al reconocimiento de uno mismo como ser protagonista de la vida de una nación. Es el primer y más elemental requisito de toda auténtica política de desarrollo. Sólo a partir de este nivel de *autoconocimiento* es posible acceder a un segundo nivel que es el de la *comprensión* de la problemática de nuestros propios espacios, la visualización de las relaciones entre los diversos factores que los integran y el conocimiento o la previsión sobre las posibilidades de cambio y superación.

Pero existe una circunstancia tanto o más importante que las señaladas, y a la cual el turismo como reconocimiento y comprensión del contexto nacional y social puede sin duda contribuir enormemente. Ella es la de facilitar, a través de la comunicación directa

con dicho contexto el *sentimiento* o la *sensibilización* imprescindibles para internalizar lo que de otra manera quedaría reducido al plano de lo racional, importante, sin duda, pero de alguna manera insuficiente para servir a la necesaria cohesión nacional.

Una nación se conoce y se comprende, pero sobre todo adquiere una dimensión trascendente cuando el pueblo que la conforma adquiere, además, respecto de ella un sentimiento profundo capaz de contribuir a su defensa, promoción y desarrollo, es decir, a su liberación real. La experiencia humana, personal e intransferible, que es propia de la actividad turística facilita sin duda esos objetivos.

En esta perspectiva, los aspectos económicos (inversiones y gastos) y sociales (empleo), que son inherentes a la actividad turística, antes que perder importancia, se fortalecen, aunque desde una mirada política distinta. El enfoque económico, sin dejar de estar presente, se resignifica en la medida en que deja de ser la finalidad última de esta actividad y pasa a convertirse en uno de sus diversos componentes. En esas condiciones, el objetivo mayor –como sucede con los servicios de salud, educación, vivienda, desarrollo social y otros– no estaría circunscripto a la rentabilidad económica del sector sino que privilegiaría su real incidencia en el bienestar y el desarrollo integral de la comunidad.

Su mayor aporte y sus principales beneficios, serían antes que nada *sociales* y *culturales* –sin dejar de ser a la vez económicos– ya que de lo contrario quedarían desvirtuadas aquellas finalidades que anteponen los valores y los derechos humanos a los intereses meramente economicistas retrotrayéndonos de nuevo a los viejos tiempos del *otium* y del *neg-otium*. ●